

VIRGINIA MEDINA ÁVILA
FES-Acatlán, UNAM

41 Bato, pachuco, ese

Zoot suit es la prenda de vestir que caracteriza al pachuco, al pocho, al mexicano nacido en Estados Unidos –que ni es de aquí ni es de allá–, el que funde el inglés y el español en un raro crisol, quien usa el caló como dialecto tribal que da cohesión e identidad a jóvenes socialmente discriminados.

El fenómeno social “pachuco” inicia en las ciudades fronterizas de Estados Unidos en los años veinte, y cobra mayor relevancia en las décadas de los cuarenta y cincuenta, tanto en ciudades del sur de la Unión Americana como en México. Surge de la necesidad de pertenencia y reafirmación entre las bandas de jóvenes de origen mexicano y se singulariza tanto por su vestimenta como por su conducta desafiante y su peculiar manera de hablar.

El pachuco, según Octavio Paz, “es uno de los extremos a los que puede llegar el mexicano”. Pachuco, extraña palabra que no tiene significado preciso; más bien está cargada, como toda creación popular, de una pluralidad de significados reflejados en el habla –“caló pachuco”– en el espectacular *zoot suit* (traje con saco de solapas anchas, cruzado y largo hasta cinco o diez centímetros por

debajo de las caderas), tatuajes, así como peinado de “cola de pato” que distinguen a mexicoamericanos marginados de El Paso, Tucson y Los Ángeles, hechos a una cultura urbana, más mexicana que angloamericana.

Pachuco, chuco, bato, ese. Son expresiones usadas para denominar a personas que se distinguen por el habla y estilo de vestir muy originales, tal como hemos visto a Tin Tan, en *El rey del barrio* (1945); a Víctor Parra, en *El suavequito* (1950) o a Edward James Olmos, en *Zoot Suit* (1981). Representan una riquísima manifestación cultural surgida en la primera mitad del siglo xx, entre los mexicoamericanos, mexicanos que emigraron al sur de Estados Unidos en busca de trabajo, numerosa población de la frontera norte y otras regiones de nuestro país. Aquí presento algunos textos que retratan este singular fenómeno.

i
Zoot Suits Riots en la penitenciaría de Los Ángeles, junio de 1943. Library of Congress, Estados Unidos.



El 10 de julio de 1944 apareció en la revista *Time* un artículo titulado “Autentic Pachuco” que describe a Tin Tan como “el popular mimo pachuco (*zoot-suited*) de 27 años de edad, que todas las noches de la semana se presenta en la ciudad de México en una sala musical llamada Follies Bergere”. Se trataba de un teatro de variedades ubicado sobre la avenida Gabriel Leyva, hoy Eje Central, junto a la Plaza Garibaldi, de la Ciudad de México.

De su apariencia externa el artículo comenta:

Tin Tan usa un erguido talle en su vestimenta negra, chaqueta amplia de terciopelo morado que le llega a las rodillas, así como una cadena de acero que le cuelga debajo de las rodillas, unos pantalones bombachos que se estrechan en los tobillos. Siempre es cariñoso y alborotador con su público [...].

Asimismo refiere que, en 1943, Tin Tan era un actor de radio poco conocido en Ciudad Juárez y que retomaba la jergonza –jerga, lenguaje especializado, difícil de comprender para las personas que no pertenecen al grupo– de las cantinas de la frontera. También se hacen comentarios acerca del éxito que ya para entonces había obtenido el cómico mexicano: contratos en el cabaret El Patio, en la XEW y en tres películas musicales: *El que la traga, la paga*; *Hotel de verano* y *El hijo desobediente*.

En otro texto, podemos ver que el estilo de vestuario del pachuco en general se basó en la moda de las décadas de 1910 y 1920, con grandes exageraciones. De este tipo de apariencia externa, tenemos una narración de Daniel Venegas en su novela *Las aventuras de don Chipote o cuando los pericos mamen*, publicada en 1928, y reeditada en 1984:

Como ya son gentes de posibles, se han comprado vestidos a la usanza de los paisanos que llegan y se arman y los cuales consisten en un traje de color azul marino con muchos botones, zapatos amarillos y sombrero texano. Además, con pantalones de campana y el saco a rayas, vísten a la moda que a ellos les gusta mucho. En una de las cartas que don Chipote le envía a su familia les mandó un retrato que se tomó en la calle, con uno de los fotógrafos que los sacan luego. Como el retrato está vestido con los [pantalones] de campana, zapatos y corbata, su familia no ha podido reconocerle luego,

pero después doña Chipota ha enseñado el retrato a todas las comadres para que vean que su marido es todo un personaje en los Estados Unidos.

Otra descripción del pachuco y de su indumentaria la brinda Carlos Monsiváis, en el prólogo a *La otra cara de México: el pueblo chicano*, en 1977:

Su caracterización [anunciada por una canción: “Este es el pachuco, un sujeto singular...”] parte de una indumentaria del exceso que repite, inmovilizándola, la del pachuco angelino: sombrero de alas anchas, adornado con una pluma enorme, pantalones anchísimos, sacos con grandes solapas y hombreras puntiagudas [*zoot suits*], cintura delgada, la cadena que describe un arco de la cintura a la valenciana del pantalón. El dandismo desafiante del pachuco [...] el fruto y la premonición de las primeras luchas de los mexicanos-americanos, halla en Tin Tan su versión azucarada y festiva, su adaptación y su divulgación mexicanas.

Durante la segunda guerra mundial, la migración a las ciudades fronterizas nutrió y enriqueció esa experiencia. El conocimiento que había en México de esta parte de la república provenía en gran medida de la amplia publicidad que se daba a “la decadencia cultural y moral” (real o imaginaria) de las remotas ciudades vecinas a Estados Unidos. En Ciudad Juárez, por ejemplo, la abrumadora orientación de la economía local hacia el comercio turístico, en especial de los militares de Estados Unidos, aumentó su fama. El fácil acceso al licor barato, a las drogas, a la prostitución y a otras diversiones hizo que “las buenas conciencias” creyeran que Ciudad Juárez era una “vergüenza nacional”. La ciudad nortea adquirió entonces apodos como: Babilonia Pocha, La Ciudad Negra de México, El Pantano de la Inmoralidad, La Nueva Sodoma, La Ciudad del Pecado, entre otros calificativos denigrantes.

Y fueron estas ciudades –porque lo serían también Tijuana y Laredo– escenarios de situaciones y personajes relatados por Miguel Méndez en su novela *Peregrinos de Aztlán* (1989), como el buen “chuquito”, quien dialoga con un amigo en una cantina:

–Nel, carnal; por acá echándome una birria en Mexicles. ¿Sabes qué, ese? Ando brujas, ¿ves? Aliviáname con un toleco, camita, pa’ver si apaño avión.

ii
Zoot suit bailan jitterbugs en Lancaster, Pennsylvania, noviembre de 1942. Library of Congress, Estados Unidos.



43

Pachuco, chuco, bato, ese. Son expresiones usadas para denominar a personas que se distinguen por el habla y estilo de vestir muy originales.

iii
Zoot suit bailan jitterbugs en Lancaster, Pennsylvania, noviembre de 1942. Library of Congress, Estados Unidos.





Los pachucos crearon su propio estilo de vida, lenguaje y valores en oposición al modelo anglo-norteamericano que la juventud debía adoptar.

iv

Zoot suits en Detroit, Michigan, febrero de 1942. Library of Congress, Estados Unidos.

–Chuquito, le apuesto a que todavía es el mero campeón de la pizcada.

–¡Chale, ese! Ya estufas y calentones con ese bato ¿ve? No le pongo al jale, carnal, las baisas no me hacen help, estoy jodido del lomo, guy, la bola de, abros, buti millas corridas, ušte sabe, espueleado el bato.

–¿Qué desean tomar, señores?

–Pos yo le pongo a la birra.

–Traiganos dos cervezas por favor.

–Mándame una carta güey.

–Chuquito, no se le quita a usted lo peleonero.

–Nel, carnal, uno es como un donkey ruco, ¿ves? Rebuzna uno, ese, paque los otros burros no creyan que uno es la burra. ¿Qué no?

–Órale pinchi cat, échese otra birrionda de volada

–Usted no escarmienta. Pachuquito, no le busque.

–Puro vacil, ese, ya no tiro guante, carnaval, domás [sic.] se las rayo a los batos cuando me cain sura. ¿Sabes qué, carnal? Huáchame la birra un escante, no te borres, ese, cálmate un reclito, orita me retacho pa'tras, domás hua levantar la pata.

Chuquito, Chuco, Pachuco. Algunos dicen que la expresión vino originalmente de México y denotaba una semejanza con las costumbres de la gente que vivía en Pachuca; otros dicen que primero fue aplicado a los bandidos fronterizos de El Paso. Pero independientemente del origen de la palabra, el estereotipo del pachuco nació en Los Ángeles.

Estados Unidos de América se vio oficialmente inmerso en la segunda guerra mundial en 1941. Un fenómeno espontáneo ocurrió en ciudades como Los Ángeles en los primeros años de esa guerra: se formaron pandillas de jóvenes mexicoamericanos como muestras de unificación, con un código de exagerada vestimenta. Los *zoot-suiters*, también conocidos como pachucos, eran jóvenes en la edad de reclutamiento o que habían sido rechazados en el servicio militar.

La formación de pandillas empezó al tiempo que se daba una gran conmoción social, debido a la movilización de la guerra. Estos jóvenes fueron desplazados socialmente porque no podían encontrar una forma de participar en los cambios económicos y sociales de una nación otra vez en guerra. Al mismo tiempo, por actitudes raciales, cualquiera que fuera visto como extranjero era sospechoso, como revela José Revueltas en *Los motivos de Caín* (1957):

Sí, de eso se trata, ¿comprendes?, dijo Bob con un ritmo apresurado, galopante, que Jack tampoco conocía. Después de una fiesta en que todos bebieron hasta caer, un grupo de pachucos, ¿sabes?, un muchacho amanece muerto a un lado de la carretera, cerca de una granja que se llama Sleepy Lagoon. Bien, al día siguiente nadie se acuerda de nada, beben como salvajes. El muchacho, en realidad, fue atropellado por un automóvil, según hemos podido establecer. La policía dice que no y comienza aprehender mexicanos en masa. Los periódicos gritan: *Alto a los pachucos, Escarmiento con esos criminales mexicanos.*

Revueltas relata también cómo el cónsul de México se limitó a decir que no eran mexicanos. Entonces, los gringos se envalentonaron y los golpearon por las calles como si de una guerra civil se tratara.

Esta tendencia cultural, como mencionamos, tuvo lugar entre amplios sectores de la juventud mexicoamericana que no entró al ejército. Fuertemente influidos por la era *Big Band*, bailaban el *jitterburg*. Con sus anchos trajes sujetos a los tobillos y su característico corte de pelo, los llamados *zoot-suiters* mostraban su desdén a las convenciones.

Para muchos mexicanos de entonces, el pachuco representaba la cristalización del *pochó*, es decir, el mexicano nacido en Estados Unidos; extraño para las dos culturas, iba y venía flotando entre el español y el inglés, era un especialista en *caló*, el argot de ese grupo social. En México, el pachuco fue percibido como una caricatura de los estadounidenses, mientras que en Estados Unidos era una prueba de la “degeneración mexicana”.

Los pachucos crearon su propio estilo de vida, lenguaje y valores en oposición al modelo anglo-norteamericano que la juventud debía adoptar. A pesar del claro apoyo general del pueblo mexicano a la producción bélica, los jóvenes de ascendencia mexicana en Estados Unidos no estuvieron exentos del hostigamiento racial. Por el contrario, los pachucos en particular –a los ojos de muchos anglo-norteamericanos, lo era cada joven mexicano– fueron sujetos al acoso policiaco y a la violencia desatada en las comunidades mexicanas de la costa del Pacífico desde Oakland a Los Ángeles en los llamados *Zoot Suit Riots* de 1943, entre el 3 y el 13 de junio. Los periódicos, en especial de Los Ángeles, contribuyeron, junto con la policía, a desatar este ataque a la comunidad mexicana.

46 El incidente que desató la histeria de la multitud se dio cuando unos marineros anglo-norteamericanos intentaron “levantar” a unas adolescentes mexicanas, que fueron defendidas por sus hermanos y amigos. La policía de Los Ángeles permitió que los supuestos pachucos fueran maltratados por los militares, después de lo cual los jóvenes mexicanos intentaron defenderse. Esto provocó varios días y noches de ataques de blancos a las comunidades de mexicanos y negros de Los Ángeles; la policía se mantuvo pasiva, en claro apoyo a los sediciosos blancos. Estos sucesos causaron un escándalo internacional. Cuando la prensa, incluso de las potencias del Eje, publicó este incidente, el gobierno mexicano exigió una investigación que culminó en una excusa del gobierno estadounidense que los hizo pasar por sucesos alentados por agentes fascistas y en especial por sinarquistas.

Así, este fenómeno se fortaleció y el caló, jerga del pachuco, se transmitió horizontalmente en los pueblos fronterizos y el centro de México, sobre todo en Hidalgo, Jalisco, Michoacán y la Ciudad de México. También se asentó en el norte en las áreas donde siempre existió y en ciudades fronterizas del país vecino. Un ejemplo que ilustra esta riqueza es el poema de Servando Cárdenas, aparecido en un pliego suelto en Corpus Christi, Texas, 1945, bajo el nombre de “Don Revas Saudecar, nom de plume del autor”:

LOS PACHUCOS

Melena que va huyendo al peluquero, un sombrero grande en la cabeza, / una pluma muy larga en el sombrero. / Y saco hasta la corva, de una pieza. / Van en turno después los pantalones: tienen en la cintura / pliegues miles / de cadena a chamorro dos balones / y en la parte de abajo dos fusiles. / Dos pulgadas de suela en los zapatos; / en sus modos y en todo son iguales / en su trato común se hablan de “batos” / y cuando hay más confianza de “carnales”. / Para amar ellos buscan su “pachuca” / y aunque se llame Paz, Juana o Josefina ellos / les llaman vulgarmente “ruca”, / al padre “Jefe” y a la madre “Jefa”. / Decir “voy a dormir, luego te veo” / ninguna ciencia en el lenguaje entrañan; / ellos dicen: “Por ay te barvoleo, / voy a tirar un poco de pestaña”.

La riqueza del fenómeno es inmensa: se halla de manera espectacular en la vestimenta *zoot suited* y en el peinado de “cola de pato”. Pero sobre todo, en el habla, caracterizada por anglicismos y caló mexicano, principalmente.

Birria (cerveza), chaquira (jacket), chainear (dar brillo a los zapatos), guachear (atisbar el horizonte), güi-cha o güichapa (muchacha y novia), piquinic (día de campo), caballón (drogado), alambrazo (hablar por teléfono). Otras palabras actúan como gentilicios: tirilón para el pachuco de El Paso; califa para el de Los Ángeles; manito para el de Nuevo México; huachile para el de México, y juarilense para el de Ciudad Juárez, y cientos de vocablos más reunidos por Luis Fernando Lara en el *Diccionario de mexicanismos*.

Por su parte, Alfonso Reyes, en “De la lengua vulgar”, reconoce en 1965 la riqueza de la lengua que se renueva día a día con el habla popular:

Eso que leemos en los libros no es el idioma, sino el retrato o reflejo de un solo momento del idioma. Es la fría ceniza que cae de la combustión de la vida. Es como la huella de los idiomas. Mas estos siguen adelante, y van caminado según las reflexiones que les comunica el habla familiar [...]. Sólo el populacho tiene el valor de innovar, de pronunciar mal, de ir haciendo mudar los giros y las expresiones. Así es la vida.

Finalmente, leamos este pasaje de *El Pete Fonseca*, de Tomás Rivera de 1986:

–Me lleva la chingada.

A nosotros no nos pareció mal que hablara así. Yo creo que vimos cómo le quedaban las palabras a su cuerpo y a sus ropas.

–No hay trabajo en ninguna pinche parte. Digan, ¿me pueden dar un lonchecito? Me lleva la chingada de hambre. Mañana me voy pa’Illinois. Allá sí hay jale.

Se quitó la cachucha de pelotero y vimos que estaba bien peinado con una onda bien hecha. Traía zapatos, un poco sucios, pero se notaba que eran de buena clase. Y los pantalones casi eran de pachuco. Decía chale cada rato y también nel y simón y nosotros por fin decidimos que sí era medio pachuco.



v Tienda vintage Valentino's Zootsuit Connection, enero de 2008. Fotografía de istoletv, Flickr commons.

Las vivencias de los trabajadores migrantes, el manejo de palabras y situaciones que, aunque burlescas, no son más que la expresión o reflejo de una formación social tan compleja y dinámica como la de los trabajadores y familiares mexicanoamericanos, los mexicanos que emigraron a Estados Unidos, aquellos radicados en la frontera norte o en ciudades mexicanas, están expresadas en las piezas literarias aquí reproducidas para revalorar esta rica manifestación cultural cuyos rasgos son reconocidos en nuestros días.

PARA SABER MÁS

LARA, LUIS FERNANDO, “Para la historia lingüística del pachuco”, 1992, en <<https://revistas-filologicas.unam.mx/anuario-letras/index.php/al/article/view/654/652>>.

PAZ, OCTAVIO, *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 1994.

REVUELTAS, JOSÉ, *Los motivos de Caín*, México, Era, 2004.

Zoot Zuit, Luis Valdez (dir.), 1981.